

**Presencia francesa
en la Real Sociedad Bascongada
de los Amigos del País**

Por LUIS M.^a ARETA

Todo historiador o amante de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País por poco que se haya asomado a la ingente labor de esta sociedad se habrá topado, con frecuencia, referencias a la cultura francesa, lo que valió a muchos de sus miembros ser tachados de «afrancesados». Bástenos recordar la polémica famosa entre Don Marcelino Menéndez Palayo que incluyó a los Caballeritos de Azcoitia y a la Real Sociedad Bascongada dentro de los heterodoxos españoles y Don Julio de Urquijo que salió en defensa de aquellos ilustres personajes, demostrando su ortodoxia. Mi intento de hoy será ahondar en esta creencia común de la presencia francesa, pero anteriormente hagamos un rápido balance de la situación que presentaba nuestro país a principios de la segunda mitad del siglo XVIII.

El país se hallaba sumergido en la atonía general que había caracterizado ya la primera mitad del siglo. La cultura estaba paralizada, el arte había degenerado en un barroquismo recargado que empezaba a suscitar reacciones de oposición y el pensamiento filosófico seguía dominado exclusivamente por los planteamientos aristotélicos. Bien es cierto que los Borbones llegados a nuestra tierra en 1700 se esforzaban por impulsar al país en vías de modernización, según modelos traídos de parte allá de los Pirineos. En efecto, durante el mismo período en Francia se daban unas circunstancias totalmente distintas. Francia había alcanzado la hegemonía política y militar tras el reinado de Luis XIV, numerosos científicos se esforzaban por descubrir los secretos de las leyes que rigen los cuerpos que nos rodean haciendo adelantar las ciencias experimentales y otros pensadores se planteaban las bases de un nuevo orden social sobre el pilar de la Razón.

En este clima surge en el País Vasco una minoría inquieta reunida en torno a Javier María de Munibe e Idiáquez, Conde de Peñaflores, que se preocupaba por cuestiones que en otros lugares eran objeto de desprecio. De este núcleo de Amigos surgirá la llama que en Bergara dará origen en 1764 a la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País.

Pero analicemos en primer lugar las fuentes en que se nutrían y mencionemos la enseñanza y los libros.

En nuestro país la enseñanza se hallaba en una situación bien triste. Es cierto que las Juntas Generales de Guipúzcoa de 1721 habían determinado poner en todos los pueblos un Maestro de Niños. Igualmente, al decir del historiador Landázuri, en Alava la enseñanza abarcaba las primeras letras y quienes deseaban mejor formación intelectual debían acudir al Colegio San Prudencio en la «cátedra de humanidades», mientras la enseñanza superior quedaba reducida a la carrera eclesiástica o a Derecho Canónico y Civil, Medicina, Filosofía y Letras o Notaría en la Universidad de Oñate, de acuerdo a planteamientos totalmente tradicionales.

Quienes sentían la necesidad de dar a sus hijos una buena educación los enviaban a Francia donde los colegios gozaban de gran prestigio como el apogeo de la civilización de entonces.

El colegio más cercano estaba situado en Bayona y muchos Españoles estudiaron en este colegio municipal. Aún se conservan las listas de los alumnos que debían ser examinados públicamente ante las autoridades eclesiásticas y civiles de la ciudad. Por ejemplo en 1750 de los 14 alumnos de Primer curso de Humanidades entresacamos a seis españoles, y en 1769 de 44 alumnos observamos la presencia de 7 españoles:

Roberto Rigal
Francisco Lafuente
Francisco de Castro y Luinas
Martín de Castro y Luinas
Saturnino de Urbina Gaytán
Fernando de Vaquedano
Vicente de Mendizábal

Tenemos otras referencias de españoles que cursaron allí sus estudios, como Félix María de Samaniego, el cual permaneció desde septiembre de 1758 hasta final del curso 1763-64.

Otros españoles iban numerosos a Pau y algunos atraídos sin duda por la fama de los estudios se dirigían hasta Toulouse. En efecto, en este colegio regido por los jesuitas, se había iniciado ya la enseñanza de las ciencias experimentales. Allí estudió Javier María de Munibe que permaneció desde 1742 a 1746. Su amor por las ciencias nació aquí y supo defender con gran éxito unas conclusiones de física experimental dedicadas a Felipe V. Allí se codeó con los

Olaetas, los Olasos, los Berroetas y otros que, como Felipe de Salcedo, el futuro cuñado de Samaniego, compartían los mismos estudios.

Algunos se dirigían a Burdeos, y para aquellos que deseaban profundizar en los conocimientos físicos y químicos, la meta era París, centro de reunión de los sabios de la época. Así vemos al Conde de Peñaflorida enviar allí a su hijo Ramón que sigue el curso de Química de Rouelle y el de Historia Natural de Valmont de Bomare, o al otro hijo Antonio María que junto con Francisco Javier José de Eguía asisten a los cursos de Química de Macquer y de Rouelle, donde conocen a los hermanos Elhuyar.

Los jóvenes que pasaban generalmente 4 ó 5 años en contacto con profesores, compañeros y huéspedes franceses, se familiarizaban con el idioma y esto les facilitaría posteriormente la lectura de los libros franceses que iban poniendo a su alcance el pensamiento europeo. Culturalmente estos jóvenes quedaban profundamente moldeados por la formación clásica que se les impartía: se les inculcaba la necesidad de unas reglas concretas para poder realizar una obra digna de elogio pues tal era el camino que habían utilizado anteriormente los grandes genios —Molière, Racine, Corneille, La Fontaine— los cuales habían llevado la literatura a su cumbre. Al mismo tiempo nace una preocupación por las ciencias experimentales y de su utilidad para cultivar la tierra, impulsar el desarrollo industrial y lograr un mayor nivel de vida para el pueblo en general.

Pasemos ahora a analizar el mundo de los libros en que se desarrollaron los miembros de la Real Sociedad Bascongada. El propio Conde de Peñaflorida reconoce en una carta de 29 de mayo de 1753, que muchos tras la adquisición del conocimiento del francés y otros tras el aprendizaje de ese idioma se dan a la lectura de los autores extranjeros. Pero para hablar de este tema nada mejor que adentrarnos en algunas bibliotecas de personajes próximos a la Sociedad y hacer un estudio de los libros relativos al período 1750-1799.

La amabilidad de la familia Verástegui-Zabala, de Vitoria, nos autorizó el acceso a su hermosa biblioteca. Don Prudencio María de Verástegui, Marqués de la Alameda, desempeñó los más altos cargos de la administración de la Provincia de Alava y fue Socio Numerario de la R.S.B. a partir de 1774, encargándose de la función de Recaudador de Alava y trabajando en la tercera Comisión de Industria y Comercio.

En Zarauz hemos podido consultar, gracias al favor especial de

la Marquesa de Narros, la biblioteca que perteneció a la familia de los Marqueses de este nombre, el tercero de los cuales, D. Joaquín María de Eguía y Aguirre, tuvo tan gran importancia para la vida de la Sociedad desde su fundación en 1764 como cofundador de la misma y posteriormente como Secretario, cargo que desempeñó desde el 2 de septiembre de 1774 hasta su muerte, ocurrida en 1803.

En la biblioteca de Vitoria, de un total de 440 libros tenemos 119 originales franceses y 50 que son traducciones del francés, lo que representa un 38,3%. En Zarauz la proporción aumenta considerablemente, ya que de 268 libros 112 son franceses y 49 traducciones del francés, lo que representa un 69,7%.

Si nos fijamos en los temas tratados, observamos que están representados todos los campos del saber, pero con un claro predominio de las Ciencias bajo los diferentes aspectos: agricultura, química, física, matemáticas, mineralogía, industria, astronomía... Hallamos los nombres de los mejores científicos de la época, como Duhamel du Monceau, que tanto se preocupó por los temas del campo, Lavoisier, Fourcroy, como químicos, el Abate Nollet, el mineralogo Valmont de Bomare, o el gran Buffon.

Destaca igualmente la presencia de diccionarios franceses, ya que en cada una de las bibliotecas hallamos 13 diccionarios franceses frente a 7 españoles en la de Vitoria y 4 en la de Zarauz. Los temas son igualmente de lo más variado. Historia, Geografía, Lingüística, Ciencias, Comercio, Química, Historia Natural, Artes y Oficios.

Es frecuente que las obras europeas (Inglesas, Alemanas, Latín) lleguen a través de traducciones francesas y es curioso que en ciertas ocasiones obras escritas inicialmente en castellano lleguen en poder de los Amigos en edición francesa. Efectivamente, D. Alvaro Alonso Barba (1579-1661), el hábil alquimista metalurgo, párroco en varios pueblos del Perú, había realizado experimentos en las minas de oro y plata. Se hizo célebre por el libro que publicó bajo el título *«Arte de los metales en que se enseña el verdadero beneficio de los de oro y plata por azogue, el modo de fundirlos todos y cómo se han de refinar y apartar unos de otros»*. Su fama se extendió por toda Europa y su libro se tradujo a varias lenguas, entre ellas el francés. Cuando en el año 1778 los Amigos quieren estudiar el cuarzo citan, entre otros autores *«De la Metalurgia de Alonso Barba, pp. 46 y 47 t. I de la traducción francesa, edición París, 1751»*.

Las bibliotecas debieron tener igualmente obras perseguidas por

la Inquisición pero que han desaparecido por escrúpulo de conciencia. Según comentario personal de la Sra. de Verástegui, en Vitoria, ella recuerda aún cómo de niña un pariente sacerdote «limpió» la biblioteca de libros prohibidos. Existen referencias de problemas surgidos precisamente por la lectura de estos libros, como el Marqués de Narros que en 1768 se vio obligado a hacer una pena espiritual de 8 días y confesión general en Aránzazu por haber leído a Voltaire y Rousseau, o Félix María de Samaniego que fue acusado en 1793 a la Inquisición por tenencia de libros de Rousseau y La Mettrie.

Pero ¿estos libros servían realmente para algo o eran solamente elementos decorativos de hermosas bibliotecas? Recorramos los Extractos de las Juntas Generales (verdadera recopilación de la actividad de la Sociedad) y veremos que al menos sesenta y cuatro obras francesas aparecen claramente mencionadas y en muchas ocasiones los trabajos presentados se reducen a meras traducciones o a extractos de las obras francesas, principalmente de la Enciclopedia de Diderot, o *Dictionnaire raisonné des Sciences, des Arts et des Métiers*.

Existen trabajos curiosos en los que se introducen galicismos como «lucerna», de la voz «luzerne» para indicar «alfalfa» y derivados como lucernera. En otras ocasiones tienen noticias de nuevos descubrimientos y se esfuerzan por intentar repetirlos en nuestro país, como el caso del carbón mineral que conocen a través de libros y se esfuerzan en verificar si unas piedras negras procedentes de Azcoitia responden a los datos contenidos en los libros, demostrándose que no corresponden con lo esperado.

El interés despertado por los libros franceses es tal que en muchos casos la referencia en los Extractos dista tan sólo de 2 ó 3 años de la fecha de edición del libro, como el «Art du coutelier» de Perret editado en 1771 e incluido en los Extractos en 1773, e incluso el «Catéchisme sur l'art des accouchements» editado en 1775 aparece en los Extractos de ese mismo año, y lo mismo ocurre con el Diccionario de Química de Macquer, de 1777. Podemos afirmar pues que los Amigos estaban bien informados de cuentas novedades se realizaban parte allá de los Pirineos, pues disponían de una red de informadores que se hallaban en País y les remitían las últimas obras aparecidas.

Por eso en muchas ocasiones no es fácil diferenciar trabajos originales de otros extraídos de libros extranjeros, y el propio Conde de Peñaflorida se jactaba de imitar a las abejas que recogen la miel

de flor en flor cuando él utilizaba los libros abiertos de encima de su mesa.

Tomemos algunos ejemplos.

En el Ensayo de 1764 al hablarnos de la Industria y de su origen, el autor lo hace con palabras casi calcadas del «Discours sur l'origine de l'Inégalité»:

«Las necesidades del primer hombre eran muy contadas. Pero habiendo empezado sus descendientes a gustar de los halagos del apetito y a entregarse a la blandura y al regalo, mudó de semblante su constitución...»

que corresponden a lo que dice el filósofo francés:

«Dans ce nouvel état, avec une vie simple et solitaire, des besoins très bornés, les hommes jouissant d'un fort grand loisir, l'employèrent à se procurer plusieurs sortes de commodités inconnues à leurs pères; et ce fut là le premier joug qu'ils s'imposèrent...»

Cuando José Agustín Ibáñez de la Rentería pronunció ante las Juntas Generales su tercer discurso «Reflexiones sobre las formas de gobierno», lo hizo apoyándose continuamente en Montesquieu a quien admiraba y l'Esprit des Lois le sirve en varias ocasiones para definir las formas de gobierno y algunas definiciones sobre la ley o la seguridad social parecen proceder claramente de Rousseau. En su discurso sobre la educación de la juventud en punto a estudios, Ibáñez de la Rentería recoge los principios educativos nuevos que guardan gran similitud con los del *Emile* de Rousseau: así afirma que la educación ha de empezar por algún estudio que parezca diversión, y en vez de utilizar el castigo se partirá de la curiosidad innata de los niños.

Valentín de Foronda que llegó a tomar el seudónimo de Mr. de Fer en unas cartas sobre las provincias vascas, muestra ser a menudo un mero adaptador de obras contemporáneas como él mismo lo confiesa, y en sus «Cartas sobre los asuntos más exquisitos de la economía política» él reconoce que todo lo debe a sus fuentes: la Enciclopedia, Mirabeau, Quesnay, La Rivière, El Abate Baudeau y Necker.

Los escritos de Manuel de Aguirre están profundamente impregnados del espíritu de Rousseau y su «Discurso erudito» no es sino

un extracto del «Contrat social», con idéntica terminología y planteamiento.

En lo tocante a ideas estéticas de los Amigos éstas quedan expuestas en un discurso amplio del propio Conde de Peñaflorida bajo la denominación de «El buen gusto en la literatura». En su análisis observamos claramente que no es sino una transcripción de los artículos de Montesquieu y de Voltaire aparecidos en la Enciclopedia bajo el título de «GOUT», «Essai sur le goût dans les choses de la nature et de l'art». El arte debe ser una imitación de la Bella Naturaleza según normas dictadas por la Razón, según una estética que podemos considerar plenamente clásica. A partir de este principio va aportando ejemplos extraídos de la historia de nuestra literatura española, desterrando el estilo ampuloso y oscuro en que había caído el arte y alabando a aquellos oradores, poetas y dramaturgos que poseen buen gusto y que se caracterizan por su apego a las fuentes clásicas, como fue el siglo XVI con Garcilaso de la Vega, Ercilla, Fray Luis de Granada y otros. Al mismo tiempo el Conde quiere dar a las Letras una función utilitaria de renovación del país, pues deben servir como medio necesario para la extensión de la cultura a todos los compatriotas, y por eso rechaza todo aquello que no conduzca a este fin.

Y si bien es cierto que la actividad literaria fue ocasional dentro del quehacer de la Sociedad, sin embargo los inicios fueron marcados por preocupaciones puramente literarias. Así las primeras jornadas de trabajo de febrero de 1765 en Bergara, fueron ocupadas por discusiones sobre el teatro, su utilidad como medio de transformación de las buenas costumbres y para ello convendría llevar a cabo un teatro depurado conforme a las reglas clásicas y tomando por modelo las realizaciones francesas.

Se presentaron siete obras teatrales: *El Mariscal en su fragua*, *El Borracho burlado*, *La Clemencia de Tito*, *La Tertulia*, *Horacio*, *La Casilda* y *La Comedia de Maître Pathelin*; de las cuales tres eran meras traducciones de obras francesas (*El Mariscal en su fragua*, *Horacio* y *La Comedia de Maître Pathelin*); una —*La Casilda*— consistía en una adaptación de la obra de Molière, *El Tartufo*, otra —*La Clemencia de Tito*— nos llegaba del teatro italiano; otra —*La Tertulia*— servía de defensa de la tragedia y la última —*El Borracho burlado*— era obra original, pero realizada según una preceptiva clásica que nos hace recordar el rigor impuesto en las obras francesas sobre el tema de las tres unidades: lugar, tiempo, acción. En efecto, el Conde de Peñaflorida, en el prefacio de su obra sale al encuentro de posibles delatores afirmando que las tres unidades estaban cumplidas

y para hacer posible la aparición de 2 lugares distintos busca el subterfugio de que los aposentos del Marqués se hallaban encima de los del zapatero, y de este modo la unidad de lugar no se veía infringida.

Y ya nos hallamos en el terreno literario ¿cómo no recordar en estas líneas la influencia ejercida por el fabulista La Fontaine sobre nuestro riojano Félix María Samaniego? El mismo nos da la fuente de su poesía: ha tomado para modelos a Esopo, Fedro y La Fontaine. El otro fabulista de la Sociedad, José Agustín Ibáñez de la Rentería, tomó igualmente 29 fábulas al autor francés e intentó adaptarlas aunque sin la gracia y la soltura del original.

No debe extrañarnos que esta influencia francesa se deje sentir igualmente en el vocabulario utilizado por los Amigos, particularmente en las voces científicas, pues la abundancia de libros especializados y la presencia entre nosotros de famosos profesores como Proust y Chabanneau introdujeron el lenguaje científico de las Ciencias que en años anteriores eran totalmente ignoradas. Es curioso anotar a este respecto que los Extractos de 1788 recogen ya la nueva nomenclatura química propuesta por Lavoisier en 1787, es decir, un año antes solamente, en su obra «Nomenclature chimique».

Tampoco debe extrañarnos la presencia de frecuentes galicismos que con cierta frecuencia se dejan entrever en los escritos, como cuando el Conde de Peñaflorida envía el Plan de Maestros con la esperanza de que no sea «un château en Espagne», indicando que no sea un proyecto quimérico. Esta misma expresión fue utilizada por Samaniego en una carta de fecha 13 de agosto de 1766 diciendo que «San Martín trae en su cabeza mil cimientos de Castillos en España».

Pero estimamos más importante la transformación semántica que tomaron muchos vocablos y que dejan translucir el nuevo espíritu que animaba a los Amigos. Así la voz «Filosofía» cuya presencia en el vocabulario castellano remonta lejos en la Edad Media como búsqueda de las verdades permanentes, adquiere en esta época un enjuiciamiento por la razón de todo cuanto atañe a la vida humana, pero de una manera totalmente libre, dejándose sentir en todos los campos del pensamiento humano: economía, política, educación, religión, organización de la vida.

Peñaflorida decía textualmente en los *Aldeanos críticos*: «¿Quién no ve lo que va de filósofos a filósofos?», contraponiendo de este

modo los dos conceptos tan dispares y Valentín de Foronda se exclama jubiloso que en Bergara habrá Filosofía pues se enseñan Ciencias.

Otro concepto como Luces adquiere el valor de conocimientos racionales, fruto del estudio. El símbolo de la luz, antorchas, claridad, luminar, rayos, acude con frecuencia en la pluma de los Amigos recogiendo el espíritu de aquellos franceses que se vanagloriaban de vivir en «Le Siècle des Lumières», o «Siglo de las Luces».

Igualmente términos como Patria no hacen referencia a tierra de los antepasados, sino a un sentimiento que une entre sí a unos mismos ciudadanos viviendo bajo un gobierno que vela por el bienestar de sus sujetos y Patriota serán aquel que contribuye a mejorar la suerte de los demás y a todos nos viene a la memoria el nombre de Real Seminario Patriótico donde se estudiaban las materias que posteriormente serían útiles para un buen patriota.

Vocablos como «ciudadano», «igualdad», «libertad», «humanidad», adquieren nueva significación: las fuentes debemos localizarlas en la cultura que procedía del suelo francés y que en estos decenios del siglo XVIII se fue extendiendo por Europa y en particular en nuestro país.

Hemos insistido en todos los aspectos de la influencia ejercida por Francia. Pero ¿diremos por ello que los Amigos quisieron afrancesar nuestro País? En absoluto, ellos eran conscientes de la realidad en que vivían a la vez que deseaban lo mejor para ese pueblo en que se hallaban inmersos. Ellos consideraban que la solución a los problemas llegaría utilizando el criterio seguido en Francia basado en la Razón y aplicado a las Ciencias experimentales. Con ello confiaban que habría de mejorar la suerte de todos. Este fue el empeño de estos hombres que acudieron a Francia como fuente de sus conocimientos. Y esta apertura hacia el saber sin olvidar su realidad concreta les honra como antepasados de los que todos podemos sentirnos orgullosos, pues supieron romper viejos moldes para emprender nuevas rutas hacia la época moderna que a todos nos toca vivir.